

Editorial

En la batalla entablada desde el nacimiento de la vida en la tierra entre el reino de los invisibles y el de los grandes seres vivos resulta evidente que están ganando los invisibles. En el poético libro escrito por Saint Exupery, el zorro le dice al principito “que lo esencial es invisible a los ojos”, refiriéndose a la bondad que anida en los corazones. En el caso de los microorganismos, entre estos seres “invisibles” se encuentran numerosos enemigos para nuestra salud, y no porque puedan distinguir entre el bien y el mal, sino porque siguen el designio inscripto en su ADN o ARN genómico para perdurar. Ejemplos muy recientes y no totalmente superados los encontramos en las infecciones intrahospitalarias, la Influenza H1N1 y en el Dengue. Es que los microorganismos patógenos, aquellos que nos enferman, se mueven como ejércitos robotizados eludiendo todas las armas que desarrolla el hombre para aniquilarlos. Sin embargo, hay otra clase de microorganismos que pueden ser domados y utilizados en nuestro beneficio y como corolario mejorar nuestra calidad de vida.

Química Viva viene ofreciendo a sus lectores, en el número 2 del volumen 8 y en el presente número, una serie de trabajos que muestran que las bacterias pueden ser utilizadas con éxito para el tratamiento de efluentes industriales conteniendo metales, para el diseño de bioprocesos destinados a la obtención de productos biotecnológicos y para biodegradar el petróleo y evitar así contaminaciones del suelo no deseadas.

Asistimos con admiración a la capacidad del ser humano de investigar y aplicar conocimientos científicos y tecnológicos para utilizar a los invisibles como obreros diseñados por Huxley en “El mundo feliz”, lamentablemente también asistimos con espanto a la capacidad de destrucción y violencia de los hombres contra los hombres en las guerras o en enfrentamientos absurdos.

C. E. Coto